



Biblioteca de El Escorial

PRÓLOGO

Desde hace ya mucho tiempo, mediados del siglo XVIII, se ha sentido la necesidad de los Diccionarios enciclopédicos, es decir, de obras que resumieran en un momento determinado todos los conocimientos adquiridos por la humanidad. Hoy esta necesidad es indiscutible, absoluta; tan portentoso es el caudal de conocimientos que posee el hombre, que es imposible para la mente mejor dotada y organizada tener una idea completa de todos ellos. En nuestros tiempos es inconcebible la existencia de un Aristóteles, de una inteligencia cumbre que abarque todos los conocimientos de su época, de un sabio que sepa él solo todo lo que saben los demás. Podemos, pues, aplicar a las obras de esta naturaleza la frase tan repetida de que si no existieran habría que inventarlas. El progreso en todos los ramos del saber ha sido tan enorme, que ha acabado por hacer imposible, no sólo la existencia del sabio universal, sino la del sabio que conoce hasta su último detalle todo lo relativo a una ciencia o arte particulares. Además de enorme, ha sido también el progreso tan rápido, que en algunas disciplinas distamos los hombres actuales de nuestros abuelos mucho más de lo que distaban éstos del hombre primitivo. El automovilismo, la aviación, el ci-

nema, la radiodifusión, la televisión, sin contar con los no menos portentosos aunque no tan ostensibles progresos en ciencias biofisiológicas; acontecimientos tan sin igual en la Historia, tan descomunales, como la guerra mundial, cuya magnitud respecto a sus resultados no podemos concebir todavía, hacen de los últimos decenios transcurridos una época única en la historia de la humanidad, que sin duda alguna deberá tener decisiva trascendencia, aunque no podamos hoy valorar su importancia. Este progreso y esta rapidez han sido causa de que el estudioso se especializara, se dedicara a una cuestión particular para descubrir sus más recónditos secretos, efecto que ha sido a su vez causa de nuevos progresos, porque al descender por senderos particulares especiales, hasta entonces desconocidos, cada sabio ha podido por estas nuevas y pequeñas vías hacer más descubrimientos, observar más detalles que si hubiese permanecido en las alturas del terreno científico, dominándolo todo de un modo general.

Sentada la necesidad de estas obras, recopilaciones o archivos de conocimientos, almacenes de sabiduría, tan indispensables hoy para el estudioso y sin los cuales se vería completamente desarmado en su trabajo de relación entre los elementos de las diversas ciencias, de estos instrumentos intelectuales denominados Diccionarios enciclopédicos, ¿cómo los concebimos, cómo deben ser? Como en toda obra humana, imperan en ellos la variedad, la diferenciación, el distinto criterio. Un Diccionario debe ser la manifestación o exposición del último estado de las ciencias, artes, conocimientos en general, en la fecha de aparición del mismo; debe constituir un conjunto homogéneo, a pesar de que hayan debido ser muchos los que contribuyeran a confeccionarlo, para que en el intercambio de relaciones en los diversos estudios el lector, que es siempre uno mismo, no encuentre contradicciones en la exposición de tales estudios y relaciones. Hasta ahora no se ha encontrado mejor criterio de ordenamiento, de clasificación de las más variadas cuestiones, que el más arbitrario de todos, el orden alfabético. Si todas las clasificaciones, incluso las particulares de una ciencia determinada, son difíciles en extremo, calcúlese la inmensa dificultad, de imposible resolución, que tendría una clasificación cualquiera en estos ingentes catálogos que comprenden todo lo sabido. Por esto el orden alfabético ha sido el preferentemente adoptado como criterio de exposición. Pero aun dentro de este orden es posible seguir dos tendencias o maneras: una que consiste en estudiar en cada término todo lo relativo al mismo, sin dejar de transcribir ninguno, aunque dicho término deba repetirse forzosamente en otro que lo comprende y acaba de explicar su significado; otra tendencia es hacer caso omiso de una palabra o señalarla solamente para referirla a otra de mayor categoría descriptiva. En este último caso un Diccionario enciclopédico viene a ser un catálogo o conjunto de temas, de monografías, expuestos por orden alfabético. Ambos métodos tienen sus ventajas e inconvenientes, ambos son útiles y ambos merecen existir; la elección de uno de ellos es más bien cuestión de preferencia personal. Al emprender la segunda edición de nuestro DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO hemos seguido el primer sistema, por ser el de la primera edición, por no existir ninguna razón de peso que nos hiciera variarlo, porque el éxito de la edición pasada demuestra que es del agrado del público y también porque, en último término, un Diccionario de temas o mono-

grafías hace indispensable para su eficaz manejo la existencia de un índice alfabético en el que se encuentren todas las voces de menor categoría, con indicación del lugar donde se explican en el cuerpo de la obra, lo que, naturalmente, implica un trabajo enorme sin una utilidad manifiesta para el lector.

¿Debe ser un Diccionario muy extenso o, por el contrario, debe ser muy reducido?

Un antiguo refrán, sabio como todos los refranes populares que perduran a través de los tiempos, dice que todos los extremos son malos, y es cierto que por extenso que sea un Diccionario en su forma actual, por más que todos y cada uno de los elementos que constituyen una ciencia se hallen incluidos por completo en su masa, repartidos entre sus distintos departamentos más o menos estancos, a nadie se le ocurrirá indudablemente iniciar y seguir los estudios de una ciencia o arte en un Diccionario enciclopédico. Carece éste de la ilación necesaria que tiene todo tratado de cualquier ciencia, falta en él la exposición metódica de los elementos constitutivos de la ciencia o arte, desde los más sencillos a los más complicados, desde los que son fundamentales a los que son secundarios o accesorios y con expreso señalamiento de estos caracteres. En ningún caso como en el de las Enciclopedias monumentales se puede repetir con mayor razón aquella frase tan sabida y sobada de que los árboles no dejan ver el bosque. Por óptimo, por completo que sea un Diccionario, nunca será más que un archivo, un almacén de conocimientos mejor o peor organizado.

Por otra parte, un Diccionario enciclopédico que se limite únicamente a definir el término de un modo conciso, la mayoría de las veces con palabras científicas y técnicas, que no sólo no aclaran el concepto, sino que todavía confunden más al lector no ilustrado, y que precisamente acude al Diccionario para ilustrarse, carece en realidad de interés para la mayoría de personas que solicitan del Diccionario la explicación de lo que no saben o no entienden. Creemos, pues, que un término medio, prudente, entre la desmesurada extensión y la concisión escueta es lo mejor, y por esto hemos limitado la extensión de nuestro DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO a unos doce volúmenes, de mil páginas cada uno aproximadamente, procurando dentro de ella la mayor amplitud, la mayor claridad en la exposición, y recurriendo siempre que ha sido posible a la explicación gráfica por medio de dibujos, esquemas, láminas, que tanto texto ahorran. Hemos, en efecto, enriquecido nuestro DICCIONARIO con el mayor número posible de grabados para suplir, con tan poderoso medio de divulgación, las inevitables deficiencias del texto y al mismo tiempo hacer de nuestra obra una extensa colección de páginas artísticas, que a su objeto primordial de ilustración añadan el deleitar el ánimo por su arte y su belleza.

Aunque no muy aparentes, las modificaciones que se han hecho en esta segunda edición son muy profundas. Se han desarrollado nuevos temas de un modo completamente distinto, se han corregido errores que involuntariamente se deslizaron en la otra edición y se han adicionado todos los nuevos elementos que han aparecido en la vida humana en estos últimos años; en una palabra, hemos procurado, como se dice, poner la obra a la orden del día, para no defraudar las esperanzas de los que buscan en estas obras satisfacciones intelectuales; ejemplo

nema, la radica
aunque no tan
tos tan sin igua
magnitud resp
últimos decer
que sin duda
hoy valorar s
el estudioso
sus más rec
sos, porque
desconocido
descubrimie
del terreno

Sentad
cimientos,
y sin los
entre los
denomina
ser? Com
el distint
último es
rición de
debido s
cambio
no encu
ahora n
más va
das las
dificile
tendrí
todo l
como
tende
relati
repe
cada
para
nari
exp
nie
es
de
se
va
p

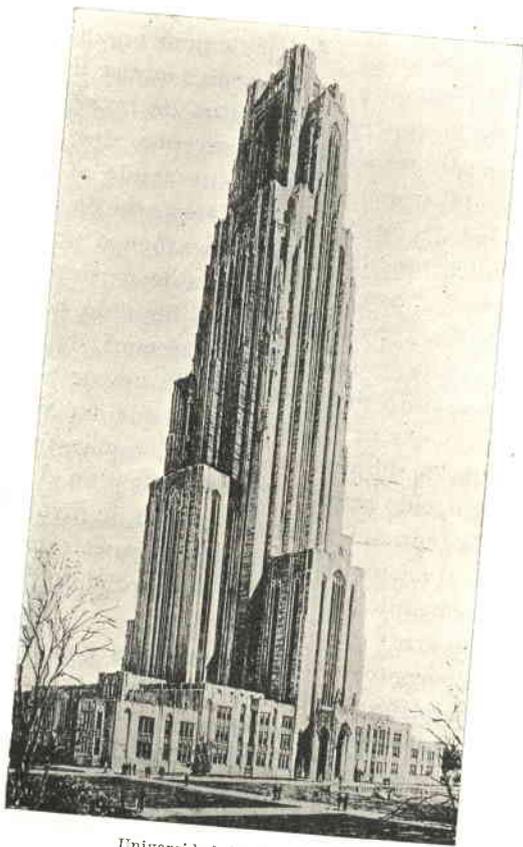
de ello es la modificación introducida en materia de Historia natural en los géneros más importantes relativos al género: citamos la mayoría de los géneros más importantes de Botánica y Zoología con su ortografía científica, latina, sin castellano, cuanto a género entidad.

Al presentar nuestra obra, ver realizados los esfuerzos que hemos hecho para ello y sentir todavía el peso de los trabajos efectuados con este diccionario, nos damos cuenta de la pretensión de haber producido algo más que un nuevo Diccionario enciclopédico, ya que aspiramos a dejar satisfechas de modo justo, equívoco, las necesidades de los que deben recurrir a esta clase de obras.

* * *

La aceptación obtenida por este libro nos obliga a reimprimirlo muchas veces de lo que entró en nuestros cálculos.

Conscientes de nuestra responsabilidad ante el público, hemos aprovechado la oportunidad para mejorar la ilustración y afinar y poner aún más al día los artículos. Creemos así haber conseguido reflejar, en lo posible, la apasionada y fugitiva realidad del momento.



Universidad de Pittsburg